

mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas ó naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo, poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto, si es bueno divertirse un hombre en leer el Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algun salmo; y finalmente, si será bueno tambien conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio; me responderán, que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen á un tiempo, é igualmente se aficionase la voluntad á todas ellas; ¿no es cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazon del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Con qué todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, á la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.

Lo mismo sucede, cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazon hácia el cielo, y por otra el deleite

de los bienes temporales le abate hácia la tierra; porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad: por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita á que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

CAPÍTULO XI.

Lucha que experimentaba Agustín entre el cuerpo y el espíritu.

25. De este modo me veia enfermo y atormentado, reprendiéndome á mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada y dando vueltas y mas vueltas en los mismos lazos que me oprimian, hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenia aun preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulábais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecia del temor

y la vergüenza, para que no cesase en procurar romper aquello poco y ténue que restaba de mis prisiones; no sea que volviese á rehacerse y fortificarse, y me atase entonces mas fuerte y apretadamente.

Yo decia en mi interior: *Ea, hágase al instante: ahora mismo se han de romper estos lazos*; y además de decir esto, deseaba ya y me agradaba ejecutarlo. Ya casi lo hacia, y realmente lo dejaba de hacer; pero no volvia á caer y enredarme en los antiguos lazos, sino que estaba parado junto á ellos, como tomando aliento para acabar de romperlos. Volvia á procurar con mas esfuerzo llegar á aquel estado que deseaba, y casi estaba ya en él, casi ya le tocaba, casi ya le tenia; pero real y verdaderamente ni estaba en él, ni le llegaba á tocar, ni le tenia, por no acabar de resolverme á morir para todo lo que es muerte, y solo vivir á la verdadera vida: porque tenia mayor poder sobre mí lo malo acostumbrado, que lo bueno desusado. Finalmente, cuanto mas se iba acercando aquel instante de tiempo en que habia de ser ya muy otro, tanto me causaba mayor miedo y espanto; pero no me hacia retroceder ni apartarme del

intento, sino suspenderme y detener el paso.

26. Las cosas mas frívolas y de menor importancia, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, mis amistades antiguas, esas eran las que me detenian, y como tirándome de la ropa parece me decian en voz baja: *Pues qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido esto ni aquello?* Pero ¡qué cosas eran las que me sugerian, y yo explico solamente con las palabras *esto ni aquello!* ¡qué cosas me sugerian, Dios mio! Apartad, Señor, por vuestra misericordia del alma de este vuestro siervo y de mi memoria aun la idea de las suciedades é indecencias que me sugerian. Pero ya las oia tan escasamente, que era mucho menos de la mitad respecto de antes; ni me contradecian como antes cara á cara, sino como murmurando á espaldas mias, siguiendo mis pisadas, y como llamándome y tirándome por detrás para que volviese á mirarlas. No obstante entretenian y retardaban mi fuga, por no tener yo valor para separarme de ellas con aspereza, y sacudirme de sus importunaciones, saltando y atropellando por

todo para seguir mi vocacion ; porque la violencia de mi costumbre no cesaba de decirme : *¿Imaginas que has de poder vivir sin estas cosas?*

27. Pero esto me lo decia ya con gran tibieza ; porque por aquella misma parte hácia donde tenia puesta mi atencion y á donde me daba miedo el pasar, se me descubria la excelente virtud de la continencia que se me representaba con un rostro sereno, majestuoso y alegre, con cuya gravedad y compostura honestamente me halagaba para que llegase á donde ella estaba, y desechase enteramente todas las dudas que me detenian : además de esto extendia sus piadosos brazos para abrazarme y recibirme en su seno lleno de gran multitud de continentes, con cuyo ejemplo me alentaba. Allí habia innumerables personas de diferentes edades : allí una multitud de mozos y doncellas : allí otros muchísimos de mayor edad, venerables viudas y vírgenes ya ancianas ; pero en todas estas innumerables personas no era la continencia y castidad estéril, antes bien era fecunda y abundante de alegrías y gozos espirituales, nacidos de teneros á Vos por esposo. Y la con-

tinencia, como burlándose de mí con una risa graciosa que convidaba á seguirla, parece que me decia : *Pues qué, ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos estos y estas? ¿Por ventura lo que estos y estas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas ó por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia : pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas, si esas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna? arrojate con confianza en los brazos del Señor, y no temas ; que no se apartará para dejarte caer. Arrojalte seguro y confiado, que él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males.*

Yo me corria y avergonzaba mucho, porque todavía estaba oyendo el murmullo de aquellas fruslerías, que me tenian suspenso y sin acabar de resolverme. Entonces otra vez la continencia parece que me decia : *Hazte sordo á las voces inmundas de tu concupiscencia, que así ella quedará enteramente amortiguada. Ella te promete deleites, pero no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor.*

Toda esta contienda pasó dentro de mi co-

razon, batallando interiormente yo mismo contra mí mismo. En tanto Alipio, que no se apartaba de mi lado, aguardaba silenciosamente á ver en qué venian á parar los desusados movimientos y extremos que yo hacia.

CAPÍTULO XII.

Como se convirtió de todo punto, amonestado de una voz del cielo.

28. Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo mas oculto y escondido que habia en el fondo de mi corazon, y junta y condensada toda mi miseria, se elevó cual densa nube, y se presentó á los ojos de mi alma; se formó en mi interior una tempestad muy grande, que venia cargada de una copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda, y desahogarme en los sollozos y gemidos que le correspondian, me levanté de donde estaba con Alipio, conociendo que para llorar me era la soledad mas á propósito; y así me aparté de él cuanto era necesario, para que ni aun su presencia me estorbare. Tan grande era

el deseo que tenia de llorar entonces: bien lo conoció Alipio, pues no sé qué dije al tiempo de levantarme de su lado, que en el sonido de la voz se descubria que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar; lo que á él le causó extraordinaria admiracion y espanto, y le obligó á quedarse solo en el mismo sitio en que habíamos estado sentados.

Yo fui, y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse; mas soltando las riendas á mi llanto, brotaron de mis ojos dos rios de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado. Tambien hablando con Vos decia muchas cosas entonces, no sé con qué palabras, que si bien eran diferentes de estas, el sentido y concepto era lo mismo que si dijera: *Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo habeis de mostraros enojado? No os acordeis ya jamás de mis maldades antiguas. Porque conociendo yo que mis pecados eran los que me tenian preso, decia á gritos con lastimosas voces: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga, mañana, y mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego y en este dia? ¿por qué no ha de ser en esta*

misma hora el poner fin á todas mis maldades?

29. Estaba yo diciendo esto y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando hé aquí que de la casa inmediata ¹ oigo una voz como de un niño ó niña, que cantaba y repetía muchas veces: *Toma y lee, toma y lee*. Yo mudando de semblante, me puse luego al punto á considerar con particularísimo cuidado, si por ventura los muchachos solían cantar aquello ó cosa semejante en alguno de sus juegos; y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Así reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de san Pablo, y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase. Porque había oído contar del santo abad Antonio, que entrando por casualidad en la iglesia al tiempo que se leían aquellas palabras del Evangelio: *Vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y despues ven y sigueme*; él las había entendido como si hablaran con él deter-

minadamente, y obedeciendo á aquel oráculo, se había convertido á Vos sin detención alguna. Yo, pues, á toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol, cuando me levanté de aquel sitio. Agarré el libro, le abrí, y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó á mis ojos, y eran estas palabras: *No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo*.

No quise leer mas adelante, ni tampoco era menester; porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas ².

30. Entonces cerré el libro, dejando metido un dedo entre las hojas para notar el pasaje, ó no sé si puse algun otro registro: y con el semblante ya quieto y sereno le signifiqué á Alipio lo que me pasaba. Y él para darme á entender lo que tambien le había pasado en su interior, porque yo estaba ig-

norante de ello, lo hizo de este modo: Pidió que le mostrase el pasaje que yo habia leído: se lo mostré: y él prosiguió mas adelante de lo que yo habia leído: no sabia yo qué palabras eran las que se seguian; fueron estas: *Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe.* Lo cual se lo aplicó á sí, y me lo manifestó. Pero él quedó tan fortalecido con esta especie de aviso y amonestacion del cielo, que sin turbacion ni detencion alguna se unió á mi resolucion y buen propósito, que era tan conforme á la pureza de sus costumbres, en que habia mucho tiempo que me llevaba él muy grandes ventajas. Desde allí nos entramos al cuarto de mi madre, y contándola el suceso como por mayor, se alegró mucho desde luego; pero refiriéndole por menor todas las circunstancias con que habia pasado, entonces no cabia en sí de gozo, ni sabia qué hacerse de alegría; ni tampoco cesaba de bendeciros y daros gracias, Dios mio, que *podéis darnos mucho mas de lo que os pedimos y de lo que pensamos* viendo que le habiais concedido mucho mas de lo que ella solia suplicaros para mí por medio de sus gemidos y afectuosas lágrimas. Pues de tal suerte me

convertisteis á Vos, que ni pensaba ya en tomar el estado del matrimonio, ni esperaba cosa alguna de este siglo, además de estar ya firme en aquella regla de la fe, en que tantos años antes ³ le habiais revelado que yo estaria. Así *trocásteis su prolongado llanto en un gozo mucho mayor que el que ella deseaba, y mucho mas puro y amable que el que ella pretendia en los nietos carnales que de mí esperaba.*

NOTAS.

¹ Hoy dia se conserva en Milan la tradicion de que el huerto donde san Agustin oyó la voz del cielo que refiere aquí, es el mismo que tiene ahora la iglesia de san Ambrosio, ó por lo menos este es parte de aquel; y que la capilla que se llama de san Remigio, está en el mismo sitio en que se hallaba san Agustin cuando oyó aquella voz.

² Esta maravillosa conversion de san Agustin, que ha sido de tanta utilidad para la Iglesia, sucedió hácia los fines de agosto ó principios de setiembre del año 386. Porque el mismo Santo dice mas abajo (lib. ix, cap. ii) que desde aquel lance hasta las vacaciones (*de las vendimias* que serian por el octubre) no faltaban mas que veinte dias. Por lo cual no sé qué causa tendria el autor del Martirologio romano para poner la conversion de san Agustin en el dia 3 de mayo.

³ Hace aquí alusion el Santo á la vision que tuvo su madre santa Mónica el año 373 ó 374, en la cual se le representó una regla en que ella y su hijo estaban, como refirió el santo Doctor en el lib. III, cap. XI, núm. 20.

LIBRO IX.

Vase Agustin con su madre y los demás compañeros á la quinta de Verecundo. Renuncia á la cátedra de retórica, y se ocupa en escribir libros. Despues á su tiempo vuelve á Milan, donde con Alipio y Adeodato recibe el Bautismo. Desde allí dispone volverse á África en compañía de su madre y de los demás. Despues refiere la vida de su santa madre, y su muerte acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre.

CAPÍTULO I.

Reconociendo Agustin su miseria, alaba la suma bondad de Dios.

1. Yo, Señor, puedo decir con David, *soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra. Ya que habeis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande be-*